

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Nunca he sentido tanto la debilidad de mis fuerzas como esta noche en que debo nuevamente comenzar mis conferencias sobre la civilizacion en los cinco primeros siglos del Cristianismo, interrumpidas, primero, por una de esas desgracias que dejan huellas hondísimas en la vida, y despues por la desconfianza cada dia mayor de mí mismo; desconfianza que crece á medida que crecen los favores de ese amigo, si desconocido, constante, que se llama el público; desconfianza que en vano pretenderia ocultar, porque se revela en cada uno de mis actos y en cada una de mis palabras; desconfianza, que solo puede ser vencida por la conviccion profunda, incontrastable, que tengo de que si en todo tiempo ha sido necesario estudiar la raiz de nuestra vida, el principio de nues-

tra civilización, el Cristianismo, y estudiarlo no sólo para conocerlo, sino para sentirlo, y sentirlo no sólo para amarlo, sino para practicar sus grandes doctrinas morales, en ningún tiempo esta necesidad ha subido de punto como hoy, en que confundido lo temporal con lo religioso, borradas aquellas nociones de puro espiritualismo que nos mostraban el reino de Dios como una esperanza infinita entre los arreboles del cielo, convertida la religión en instrumento de pasiones políticas por una escuela que se ha empeñado en profanarla, declarada incompatible la civilización con el Cristianismo por los que intentan torpemente sujetarnos á la coyunda feudal, rota con sin igual esfuerzo por las revoluciones modernas, precisa recordar la imagen de aquel que nació en un establo, y vivió en la pobreza, y murió en la cruz, sus pobres Apóstoles, sus luchas con el poder romano, sus promesas y sus esperanzas; á fin de persuadir á los enemigos de la civilización moderna á que convengan con nosotros en que esta corriente eléctrica, impalpable, pero vivificante, que á todos más ó menos en su impulso nos arrastra, y que obliga á los poderosos á bajar la frente, y á los humildes á recobrar su dignidad perdida, ha nacido como de su origen, del sentimiento cristiano, que nos inspiró la libertad y la igualdad ante Dios para que al fin de diez y nueve siglos de lentas y seguras elaboraciones, dedujéramos la libertad y

la igualdad ante la sociedad; principios fecundísimos que son como el espíritu y la vida de la moderna civilización. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Y de este divorcio que se intenta entre la libertad y el Cristianismo ¿qué proviene? ¡Ah, señores! proviene un mal gravísimo, profundísimo, enormísimo; proviene el que muchos espíritus que podrían elevarse en alas de la idea religiosa á las mayores alturas de la ciencia, no vean tras los coros de los mundos y las armonías de las esferas nada más que la soledad infinita, el eterno abismo eternamente vacío, y en el fondo de sus corazones por toda esperanza la eterna muerte y el eterno sueño, y á su alrededor la materia llenándolo todo con sus átomos que ahogan el alma, y en último término la nada, que á manera de inmensa ave nocturna extiende sus negras alas sobre el sol y los cielos, y roe y devora todo el universo. (Bien, bien.) Y hagan lo que quieran, y digan lo que digan aquellos que por tales despeñaderos arrastran con su grosero tradicionalismo á las inteligencias ansiosas de libertad y de luz, lo cierto es que todos los que creemos que la religión es una necesidad de la vida, y profesamos una filosofía elevada y consoladora, mientras nos quede una palabra en los labios, un aliento en el pecho, debemos pugnar por salvar de este materialismo la fé en Dios, en la inmortalidad del al-

ma; la certeza de que lo esencial en nuestro ser y en nuestra vida es la ley moral por Dios grabada en la conciencia; la seguridad de que esas alas misteriosísimas del espíritu que se llaman ideas, lejos de precipitarnos en el polvo, nos elevan á lo infinito con su constante vuelo; la íntima convicción de que el tiempo que gasta bajo su rueda el cuerpo, no llegará nunca hasta gastar el alma; la esperanza, en fin, de que cuando llegue esa última hora que llevamos escondida en la movible vida, lejos de convertirnos en un puñado de polvo que venga á caer sobre la tierra, por las buenas obras que hayamos hecho, nos hemos de transformar en otra vida, alcanzando el amor infinito para llenar el abismo de nuestro corazón y la intuición de Dios, eterno ideal de nuestra inteligencia. (Aplausos.)

Yo no comprendo, no puedo comprender cómo siendo de origen esencialmente pagano todo cuanto se arruina en Europa, la teocracia del primitivo Oriente; la autocracia de los persas y babilonios; la aristocracia feudal de los pueblos bárbaros que adoraban sus dioses antropófagos en el seno de sus oscuras selvas; las castas de la India, del Egipto; la diferencia de derechos, y por consiguiente, el privilegio de todas las naciones que no alcanzaron la idea de la unidad humana; no comprendo, no puedo comprender cómo siendo paganos todos esos viejos monumentos que el suelo

sacratísimo de Europa, agitado por la gestación de nuevos elementos sociales, arroja de sí como el mar arroja los cadáveres, se los quiere sostener, apuntalar con las ideas divinas de aquel que pudiendo ceñirse todas las coronas de la tierra se ciñó una corona de espinas; que pudiendo sentarse en el Capitolio y tener bajo sus plantas la cerviz de la humanidad entera, no tuvo más trono que su pobre choza en vida y su desnuda cruz en muerte; que pudiendo tomar por apóstoles á los soldados y á los patricios romanos, los reyes de la tierra, tomó pobres pescadores sin más creencia que su fé, ni más patrimonio que sus redes; que pudiendo haberse diferenciado de los demás hombres, exentándose de lo que á todos nos iguala, del dolor, abrazó el sacrificio y aceptó aquella muerte, por la cual se conmovió la insensible materia y se quebraron de dolor hasta las piedras, más compasivas que el corazón de los tiranos (Bien, bien); aquella muerte que mostrará eternamente que los poderes opresores, no solo ponen su aleve mano sobre la inviolable conciencia del hombre, sino que pretenden audaces en su soberbia ahogar algo más sagrado, el pensamiento de Dios, alma de la humanidad, vida de la naturaleza. (Repetidos y prolongados aplausos.)

En efecto, señores, ó filosóficamente considerada la venida del Cristianismo nada significa, ó significa la protesta viva, enérgica, contra el sen-

sualismo pagano, contra el afán del hombre por encenagarse en la materia. Deteneos, señores, un momento conmigo á contemplar la sociedad que venia á combatir y derrocar el Cristianismo. Los dioses habian perdido aquella inocencia con que surgieran del seno de la naturaleza, puros como un nuevo día del espíritu humano, y habian caido en los mismos vicios que los hombres; los cultos antiguos, en que entraban como principales ofrendas las flores del campo, la miel recién cogida de los panales, la lira de los poetas, los coros de las vírgenes, tocados de la universal podredumbre, eran como una inmensa orgía donde resonaba el beso del placer y se ofrecia el holocausto de la prostitucion; las antiguas creencias, cuyo primer objeto fuera cubrir con las doradas nubes de la poesía las faenas del campo, hallábanse trocadas en sortilegios y magia, supersticiones delirantes, hijas de la exaltacion, del frenesí de los sentidos; los emperadores corrompian más y más aquel mundo con su doctrina y con su ejemplo; el ejército, elemento de vida en todas las sociedades que solo descansan en la fuerza, no podia sobrellevar la lanza de sus padres que subyugara la tierra; los filósofos estóicos que protestaban contra la general inmoralidad, ó eran desoidos ó expulsados de Roma; los jurisconsultos que no se prestaban á sancionar los crímenes de la tiranía, morian al pié de los tiranos; el pater-familias que tan grande

y saludable autoridad ejerciera en los primeros tiempos, temblaba en presencia de sus hijos convertidos en seides de los espías del César; la casta y pura matrona romana, la eterna Lucrecia, trocaba su traje de lana, hilado y tegido en el hogar, por el manto de gasa oriental que descubria sus formas en el Circo; el esclavo, el mal incurable de la antigua sociedad, se habia sobrepuesto por una venganza justa de la naturaleza á todos los ciudadanos, y así como llenaba el Foro con sus turbas, ocupaba muchas veces el abandonado lecho del patricio y corrompia la familia; triste sociedad que no se hallaba representada como la antigua República por las curias, por los comicios ó por el senado, sino por el teatro, donde un pueblo embriagado se divertia con los amores de Pasiphae; por el Circo, donde corria en el pavimento cubierto de oro, de azafran y minio, la sangre humana á torrentes; por los festines, donde las mesas eran de marfil, los techos de púrpura, donde las áureas bóvedas llovian esencias y las lámparas se alimentaban con aceite de nardo, donde el señor romano, coronado de flores que facilitaban á sus cargadas sienas las evaporaciones del vino, comia cabezas de papagayos, sesos de faisanes, lenguas de ruseñores, habas mezcladas con ámbar, arroz con perlas; al mismo tiempo que la esclava griega entonaba versos eróticos, y la bailarina gaditana danzaba al son de los cróta-

los, despidiendo de sus negros ojos rayos de placer, y los cómicos representaban indecentes pantomimas, y los gladiadores se herian entre sí para ofrecer el espectáculo de la muerte, y el rey del festin, con la copa rebosando vino perfumado de rosas en las manos, ofrecia en continuas libaciones á los dioses lares el espíritu de aquella sociedad que, sorprendida en su lecho por el hastío, no tenia más remedio que dormir el sueño que viene siempre en pos de los placeres, para despertar en brazos de la muerte. (Prolongados aplausos.)

Por eso era necesaria una sociedad espiritualista que contrastase el materialismo del mundo pagano y lo purgara de este grave mal. Y bajo aquellos teatros, aquellos circos, aquellos triclinios, escondíase la sociedad cristiana de las Catacumbas. Poned frente á frente la sociedad pagana y la sociedad cristiana, y vereis que ésta ha venido á ahogar con las grandes virtudes del espíritu el sensualismo de aquella. Mientras la una concibe la vida como apegada á la tierra, la otra concibe la vida como una aspiracion continua á los cielos; y así el pagano cree que toda injusticia le es permitida por su patria, y el cristiano que toda patria le es verdaderamente extraña, ó que toda la tierra es su patria; el pagano acaricia las grandes ambiciones que agitan de continuo su vida, y el cristiano las grandes virtudes que le han de servir para más allá de la muerte; el pagano sue-

ña con el poder político de un dia, y el cristiano con el poder de su idea, que es el poder de todos los tiempos; el pagano corrompe la antigua familia patricia encenegándose cada vez más en el concubinato, y el cristiano la purifica con la idea de la union eterna de las almas; para el pagano el amor es como un beso fugaz, como el vapor del vino del festin, y para el cristiano como la sangre del corazon, como la vida del espíritu; y así el uno vá al teatro y el otro al templo; el uno cree en la aristocracia y en el privilegio ganado por las armas, y el otro en la igualdad de todos los hombres, en el espíritu de Cristo; el uno acude al festin á embriagarse con todos los placeres de los sentidos, y el otro á las agapas á comer con sus hermanos el pan de la eterna vida; el uno al Circo á ver morir al gladiador entre los dientes de la fiera, y el otro solo vá al Circo á dar su vida por testificar la santidad de su doctrina; porque el pagano es el materialismo que muere, y el cristiano el espiritualismo que nace; de suerte, señores, que los que creen que el porvenir de una idea, toda del cielo, toda para el cielo, está unido al pedazo feudal de la tierra de un rey, han desertado del espíritu santo é inmortal del verdadero Cristianismo. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

En efecto, señores, nunca el mundo habia necesitado tanto una verdad espiritual y religiosa, como en el momento en que apareció el Cristia-

en las largas noches de nieve, cuando el viento y la lluvia azotan su cabaña, corta la resinosa tea, mientras su compañera, su amada, cantando tristemente, como para acompañar el gemido de la naturaleza, ya toma la rueca, ya de rodillas sobre las piedras del hogar cuece el oloroso mosto y lo espuma con una ramilla de lentisco para que repare las fuerzas necesarias al trabajo; actos de la vida que todos se hallan consagrados á un dios propicio, porque en esta primera época del paganismo, época de la inocencia, los dioses son trabajadores como los hombres, y andan con ellos por majadas y otros, por valles y montañas, sosteniéndolos con sus auxilios, fortaleciéndolos con su ejemplo, y consolándolos con su dulce y encantadora poesía. (Aplausos.) El culto es sencillo como la religion. Los primitivos griegos no tenían templos, no tenían altares. Un círculo de piedras cicópleas señalaba el recinto consagrado al sacrificio. Las sombras de las encinas en Dodona, y de los laureles en Delfos, eran el espacio sagrado de la oracion. Allí murmuraban los dioses en las ramas, dulcemente mecidas por las auras que descendian de las montañas, por las brisas que se levantaban del mar. Los montones de piedras eran sus misteriosas aras. Y sobre aquellas aras que todavia se ven por las cimas de las montañas griegas, entrelazaban las flores, las ramas, los frutos de sus campos. ¡Edad aquella verdade-

ramente candorosa é ingénua, en que solo se conocia el culto de la naturaleza!

Bien pronto esta religion sencilla tenderá á la teocracia, á la organizacion de un sacerdocio, de lo que podriamos llamar una Iglesia pagana, una Iglesia privilegiada, una Iglesia aristocrática. Los dorios serán los depositarios de esta religion, porque los pueblos que tienen una idea la llevan á todas las esferas de la vida: que tal es su destino. Organizóse, pues, la casta sacerdotal. Podrá decirse que Orfeo y Lino son mithos, y que sus cantos pertenecen á épocas muy posteriores ó muy alejadas de las que el vulgo de los doctos suele atribuirles, pero no se podrá negar que representan admirablemente el símbolo de las edades teocráticas. El culto es magnífico, ostentoso. La poesía se convierte en religion, los poetas en sacerdotes. Apolo reina en esta edad sobre todos los dioses, como el sol sobre todos los astros. La luz, las estrellas, las armonías de las esferas, la lira, el cántico, todo lo que constituye el mitho de Apolo, es la creencia, es el culto general, culto del cielo, del sistema planetario, que indica que el hombre ha levantado la frente del seno de la tierra. Los poetas congregan al pueblo en torno de los templos, y le explican el origen del universo en cánticos sublimes, al regalado son de la cítara. Los adivinos consultan los vientos, leen los geroglíficos de luz grabados en los espacios infinitos,

y arrancan al porvenir sus maravillosos secretos. La religion es el gobierno, es el arte, es la medicina, es toda la vida. Puede decirse que esta edad teocrática equivale en el desarrollo del paganismo á nuestra Edad media. El pueblo entrega su conciencia y sus derechos al sacerdocio, que desde el ara reina sin rival sobre las sociedades embargadas por el pensamiento religioso. Todavía se conservan algunos ecos perdidos de aquellas edades religiosas, todavía podemos registrar en los anales griegos los nombres de Eumolpides y Liconeedes, que pertenecen á la raza de los sacerdotes; todavía en las ruinas de los antiguos templos y en los restos de la sociedad antigua helénica se ven las señales de aquella teocracia dorica, sobre la cual se levantaba la luz y el cántico del divino Apolo.

Mas como enemigo del culto de Apolo, aparece, venido de Frigia, el culto de Baco. El primero representa la fuerza, el segundo la vida; el primero es la mecánica, el segundo la dinámica de la naturaleza. Baco ó Dionusios es el dios del placer; de la vida; el que corre desnudo por los campos, ceñida la sien de flores, rodeado de musas ébrias de placer; el que hace resonar las montañas con el sonido de su flauta; el que reina en las viñas y en los bosques; el que vierte en la copa de los dioses y en los labios de las musas gotas de oloroso vino, é inspira á los inmortales el cántico, la ale-

gría y el amor á la vida; la risa eterna que inunda de felicidad al universo. Baco y Apolo pugnan un momento, pero se reconcilian pronto. Y en virtud de esta reconciliacion se unen eternamente en concierto divino la lira y la flauta, el sol y los campos, el cielo y la tierra. Desde este punto, desde esta paz religiosa comienzan los siglos de oro del paganismo, y los sacerdotes van á pedirle dogmas, los guerreros fuerza, los poetas inspiracion, los sabios ideas, los pueblos leyes, el espíritu vida, y hasta la muerte sublimes y consoladoras esperanzas.

Pero esta edad media de la religion pagana se desvanece así que brilla en Grecia la gran protesta que nace del pensamiento de Homero; protesta instintiva, como producto del genio, pero protesta en cuya virtud se trasforma el espíritu humano. Homero no es solo un poeta, es tambien un teólogo. Tomando entre sus manos toda la antigua teología, le dá nueva forma, nuevo espíritu. El naturalismo es la base de toda la religion de la antigüedad. Pero en este momento supremo puede asegurarse que alborea ya el humanismo, progreso evidente sobre los antiguos cultos. El hijo del pueblo; el genio ciego que vivia en el universo de su espíritu; el mendigo necesitado de todo, ménos de inspiracion y de poesía; el que recoge la vida griega para trasformarla en su mente, siempre humana, toca con la vara mágica de su idea

los troncos de los árboles, los animales, los cuerpos informes que adoraran los antiguos pueblos; y en virtud de sus conjuros se rompen estas formas groseras, y aparecen las hermosas divinidades olímpicas, vestidas del azul de los cielos, coronadas de luz, hollando las nubes teñidas por los colores del iris, verdadera apoteosis de las formas sensibles y materiales de la humanidad, que comienza á sentirse ya superior á la naturaleza. En pos de Homero, como en pos de un primer principio, viene la série; vendrá Hesiodo, que escribirá la teología del protestantismo pagano; vendrá Esquilo, que nos mostrará á Prometheo, al hombre, habiendo crecido tanto, que con sus manos podrá robar del cielo el fuego que anima la naturaleza y el espíritu; vendrá Sófoeles, cuyo Edipo es la conciencia humana que sabe ya más de los fines de la vida y de los misterios de la muerte que el sacerdocio y sus oráculos; vendrá Polignoto, el Homero de la pintura, que comienza á desasir del símbolo oriental el cuerpo humano resplandeciente de hermosura; vendrá Fidias, que llevará la apoteosis de la forma al límite que no podrá sobrepasar, á la última perfeccion posible en las artes plásticas; y desde este punto se dejará sentir ya la segura, si lenta, descomposicion del paganismo; por los eleáticos, que borran todos los dioses con los resplandores del espíritu; por los sofistas, que contradicen con su dialéctica todos los

cultos; por los socráticos, que acallan con los gritos de la conciencia todos los oráculos; por los platonicos, que comienzan á evocar el Dios-espíritu; por los peripatéticos, que despojan á la creacion de aquellos genios en su seno encerrados y que la hacen eternamente pagana; por los estóicos, cuya creencia en el alma, única y universal del mundo, es la negacion de la muchedumbre divina que poblaba el Olimpo; movimiento de descomposicion que solo se detiene cuando los privilegiados del mundo antiguo observan que con sus dioses y con sus cultos se van sus privilegios; y se afanan por avivarlos de nuevo en la conciencia humana, y crean el neo-paganismo; inútil conjuro, incapaz de dar vida á los moribundos dioses, porque no hay fuerza bastante á resucitar lo que la razon ha condenado á muerte, ni idea bastante á recomponer los ídolos, las aras, que arrastra con soberbio ímpetu hácia el olvido la incontrastable corriente del progreso. (Aplausos).

Así es, señores, que cuando el Cristianismo subió al trono del mundo el paganismo habia muerto, si no en la conciencia del pueblo, último refugio de los ídolos, en la conciencia de los poetas, de los filósofos, de los repúblicos. Este divorcio entre los espíritus superiores y el pueblo espesaba las tinieblas que caian sobre la conciencia religiosa de la humanidad. La ciencia no alumbraba las ideas religiosas, y en la oscuridad se

convertían en groseras supersticiones. Los dioses no eran ya objeto del culto ilustrado de los primitivos sacerdotes, sino del culto materialista y grosero de un pueblo desheredado de la ciencia que iluminara un tanto la antigua fé. Mientras la razón humana se elevaba en alas de la filosofía á esclarecer el horizonte de lo por venir, por donde amanecía la nueva idea y se levantaba un nuevo Dios, las muchedumbres se perdían en grosero fetichismo. La ley, el estado, sostenían la antigua religión con todos sus dioses, con todos sus oráculos, con todas sus creencias. Pero ni la ley ni el estado podían hacer más que crear vanas apariencias religiosas. La eterna raíz de la idea religiosa, la conciencia humana, ya no alimentaba con su sávia los dioses, y los dioses morían como las hojas de un árbol desarraigado de la tierra. Evehemero había quitado toda su grandeza al paganismo. Para él no eran los dioses ideas, no eran siquiera símbolos de dogmas y de creencia, eran tan solo hombres divinizados por el supersticioso agradecimiento de los pueblos. A este último golpe todo el Olimpo retemblaba, y se desvanecían las doradas nieblas en que se ocultaban los antiguos dioses. Pero al mismo tiempo que retemblaba el Olimpo, retemblaba la sociedad; al mismo tiempo que el altar se estremecía, se estremecían todas las instituciones políticas, á cuya sombra vivieran tantos siglos las naciones. Era necesario

restaurar los dioses, abrugarlos de nuevo en la conciencia humana para que volvieran al calor de la vida sus miembros ateridos por el descreimiento de los mortales, que helaba hasta las cimas del Olimpo. Los filósofos neo-paganos encargáronse de hallar este filtro de nueva vida, mediante el cual tornábanse aquellas divinidades, que dirigieran las faenas del campo, que inspiraran á los poetas, númenes protectores de la agricultura y de las artes, en símbolos de ideas puras, cuyos resplandores se perdían en la conciencia de los filósofos sin descender hasta la mente del pueblo.

Así es que en la vida de todos los dioses paganos hay tres fases: la pelágica, la homérica, la neo-pagana. Zeus ó Júpiter en los tiempos pelágicos es el Júpiter Ammon, que guarda los ganados á las orillas del Nilo, ó el dios de Dodona, á cuyo culto consagran los pastores las encinas, sin forma determinada, indeciso, como las ondulaciones del viento, como las gasas de las nieblas; en los tiempos homéricos es el rey, el dios de los dioses, envuelto en su celeste manto, sentado en su trono de nubes que se sostiene sobre la tempestad, con su hirviente rayo en las manos y su aureola de luz en las sienas, acompañado del águila que lleva al través del éther en las blancas alas sus mandatos, dios, por cuyo aliento se condensan las nubes, en cuya mirada se encienden los relámpagos, por cuya retina pasan los siglos y en

cuyo seno se enrojecen los astros; y en los tiempos alejandrinos es la unidad de la naturaleza, la unidad del mundo sensible; Here ó Juno es en los tiempos pelásgicos la piedra negra coronada de ramas de sáuces humedecidas aún por las aguas de los rios de Babilonia, el aire, la tierra; en los tiempos homéricos la severa mujer, de ojos de buey, que tiene el iris por mensajero, las estrellas por corona; y en los tiempos alejandrinos la variedad del mundo sensible, compañera inseparable de la unidad; Poseidon ó Neptuno en los tiempos pelásgicos es el buey que muje y rumia en el seno de las ondas, divinidad fenicia que representa el huracan; en los tiempos homéricos el anciano de cabellera de algas, de barba de espumas, de manto de estelas, arrastrado en su carro de conchas y corales por los tritones que levantan las nubes á los cielos, seguido de los delfines que saltan en su presencia, rodeado de nereidas que habitan en grutas de cristal allá en los verdes abismos; y en los tiempos alejandrinos es la fuerza que regula todas las cosas. Aphrodites ó Vénus en los tiempos pelásgicos es la informe Anaites, que ha ido errante de la India á Babilonia, de Babilonia á Fenicia, donde se convierte en Astartes, de Fenicia á Samos; en los tiempos homéricos la hermosa Citerea, nacida en los mares de Chipre, blanca como la espuma, sonrosada como la aurora, de blondos cabellos como los rayos de la primer es-

trella de la tarde y de ojos azules como átomos de los cielos, que seguida de las Gracias derrama en torno suyo la esencia de todos los placeres; y en los tiempos alejandrinos es el amor universal que llama á todas las cosas á juntarse, á confundirse en el seno de la naturaleza; y todos estos dioses que han pasado del sentimiento de los pueblos á la fantasía de los poetas, y de la fantasía de los poetas á la razon de los filósofos; todos estos dioses, objeto de tantas oraciones, alimento de tantas esperanzas, nacidos en el Oriente y arrastrados hasta los últimos límites de la tierra por el movimiento del espíritu humano; todos estos dioses que llevan escritas en sus frentes inmortales las ideas de que vivieran grandes pueblos, y encierran en su pecho el aliento divino que animara grandes artes, reunidos en los últimos dias de su vida en el Panteon romano, como náufragos que se abrazan sobre un escollo inminente (Aplausos), mueren allí, cuando el Cristianismo borra sus ideas con la luz del espíritu, cuando los bárbaros trituran sus cuerpos con sus espadas; y caen unos tras otros como inmensa hecatombe ofrecida en aras de la nueva civilizacion. (Estrepitosos aplausos).

Señores, una de las necesidades más vivas del espíritu humano será siempre apagar su sed religiosa. Estudiad cualquier período artístico, cualquier período político, y encontrareis en su seno